

LA REINA DE LAS COLECCIONES

Según la definición de algunos psicólogos, el coleccionismo es el arte de reunir cosas inútiles para ordenarlas de acuerdo con un sistema preciso y conferirles un valor determinado. La definición resulta valedera, sin duda, si se aplica a los principios del coleccionismo filatélico, cuando un sello usado era de verdad un objeto por completo inútil: un «bono» para obtener la prestación de un servicio determinado postal ya no servía para nada, una vez utilizado para aquel fin. Sin embargo, con el transcurso de los años, la motivación psicológica inicial se ha transformado; el resorte que impulsa a un hombre a coleccionar sellos hoy se ha convertido en un mecanismo complejo, que responde a estímulos de todo tipo. En primer lugar, existe un motivo estético; con el progreso de las Artes gráficas, el sello se ha convertido en algo cada vez más bonito y elegante, que puede satisfacer el gusto por la belleza. Por otra parte, se suma una circunstancia sólo en apariencia secundaria: el sello, por norma, es bastante pequeño. Y los objetos de tamaño reducido ejercen sobre la *psiquis* humana una fascinación especial, amén de que no son, como resulta obvio, un estorbo; una colección de sellos no ocupa demasiado espacio, ese tan poco abundante en la vivienda de hoy. También existe otra motivación, que se podría denominar romántica; en una colección de sellos habrá ejemplares provenientes de todas partes del mundo, con lo que el filatelista puede hacer unos «viajes de sillón» muy placente-



Una muchedumbre de coleccionistas y comerciantes en un congreso italiano de filatelia. Desde los animales prehistóricos hasta la conquista de la Luna, el sello se refiere a los temas más dispares, algunas veces, como en el ejemplar suizo, con un estilo elegante.



ros. Basta echar una mirada a las páginas de un álbum y la fantasía se ve estimulada a realizar los saltos más súbitos e imprevistos: de un paisaje polar a un oasis africano, de la efigie de un monarca europeo a la de un revolucionario sudamericano, de la imagen de un hombre en el espacio a la de un dinosaurio. Y se trata de «viajes de sillón» que atraviesan con libertad las fronteras del espacio y del tiempo: los sellos existen en todas partes del mundo y, si bien poseen poco más de un siglo de vida, están agotando la historia de la humanidad para descubrir imágenes y figuras.

Es decir, que el sello no es un trozo de papel cualquiera; aun cuando ya ha sido usado y no sirve para franquear cartas o postales, conserva las huellas de su origen noble. Los sellos no pueden ser emitidos por un ciudadano privado: para que sean dignos de su nombre tienen que haber sido estampados oficialmente por orden de un Estado soberano y es preciso que ese Estado disponga de un servicio postal eficiente. Y no se trata de un blasón vacío de todo valor práctico: su carácter oficial constituye la garantía mejor de la seriedad de estos trozos de papel, hoy convertidos en colecciones, y protege al filatelista del peligro de reunir objetos inútiles de verdad.

No hay que olvidar, por fin, el aspecto económico de la filatelia; los pioneros de este *hobby* establecieron, con grandes fatigas, una escala de valores cuando, en esa operación de ordenamiento sistemático de las «piezas» que conocían, advirtieron que un sello de-



Un hobby para todos. En los congresos, en los mercadillos al aire libre, en las tiendas, es posible ver personas de todas las edades y de todas las extracciones sociales.

Desde los monarcas hasta los revolucionarios. El Emperador Francisco José I, en un sello austriaco y el «Che» Guevara, en otro, cubano, de 1968, dedicado al «guerrillero heroico».



terminado se encontraba con frecuencia, mientras que de otro no se conocían más que unos poquísimos ejemplares. Esa escala de valores se estabilizó más adelante y quedó fijada por cotizaciones estrictas, que en general aumentan no sólo cuando disminuye el poder adquisitivo de la moneda, sino también cuando aumenta la demanda; y así, el sello se ha asegurado la función de un precioso «bien de apoyo». Pero no sólo esto, porque el número de los coleccionistas aumenta continuamente, en tanto que la disponibilidad de los sellos del pasado ya no puede aumentar e incluso tiende a disminuir a medida que las «piezas» van a integrar las colecciones, con lo que crece en forma constante la «línea» de la demanda. Esto proporciona la certidumbre de que la colección de sellos puede ser también una inversión buena, para quien sepa llevarla con ánimo vigilante y con constancia, bajo la dirección y según los consejos de entendidos honestos y competentes.

Como todo hecho económico, la filatelia puede incluso proporcionar la sorpresa agradable de unas ganancias inesperadas e, incluso inesperadamente rápidas, cosa que les ha sucedido a muchos en tiempos de una prosperidad económica intensa (*boom*) o que les ocurre siempre a los afortunados que encuentran en un desván, o compran por poco dinero, una «pieza» rara o incluso desconocida.

Y no sería justo afirmar que la fortuna filatélica reserva su favor para un círculo limitado de privilegiados: no existe un coleccionista



Todos los acontecimientos de la vida del hombre: desde la creación del mundo hasta las guerras modernas, a través de toda la historia.



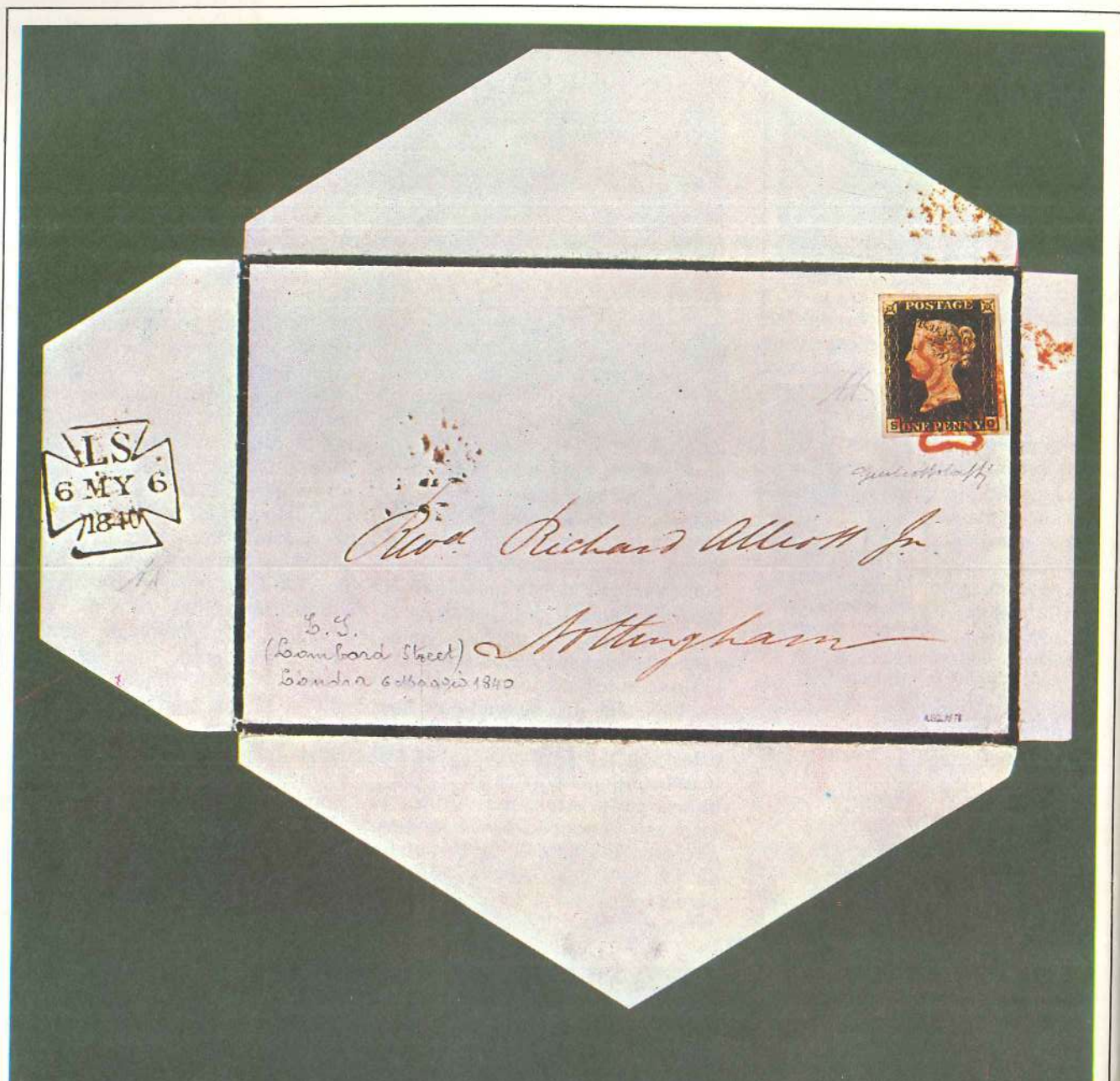
Roosevelt y el rey Faruk: dos famosos coleccionistas del pasado. A la derecha: coleccionistas a la espera de una nueva emisión frente a una de las vetanillas dedicadas a los filatelistas, en el Correo.

nista de cierta antigüedad en su tarea y de alguna competencia, que no haya tenido la suerte de tropezarse con algún archivo pequeño, todavía no revisado o desconocido, o con un sobre de sellos comunes o, bien entre los ejemplares adquiridos en el correo, con la variedad, el error, el «tipo» raro. No hay que suponer que estos hallazgos tengan siempre un valor comercial que pueda modificar de modo sustancial las condiciones económicas del coleccionista; pero en todos los casos representan una satisfacción personal que va más allá del aumento de los bienes materiales propios. Todas estas son tan sólo algunas de las razones fundamentales de la filatelia; surgirán otras, más sutiles y tal vez más penetrantes, a medida que nos adentremos en el mundo de los sellos. Con todo, bastan para explicar por qué, en el transcurso de pocos decenios, la filate-

lia ha logrado ocupar el primer puesto entre todas las formas de colecciones. Ningún otro *hobby* exhibe un número tan importante de aficionados, difundidos como por un fenómeno de capilaridad en todos los rincones de la Tierra y en todos los estratos de la sociedad; aun cuando en la filatelia no se registran unos precios tan imponentes como los de las subastas de pinturas famosas, las adquisiciones, las ventas y los intercambios son no obstante tan numerosos y frecuentes, que el movimiento total de dinero supera al que se pueda registrar en el mercado del Arte.

Hasta hace un decenio, poco más o menos, la filatelia recibía el nombre de «*hobby* de los reyes»: entre las casas reales se encontraba el número mayor de amantes del sello. Hoy la filatelia se ha convertido en el «rey de los *hobbies*», la reina de las colecciones.





LOS PRIMEROS DEL MUNDO

El 6 de mayo de 1840 es la fecha de nacimiento de los sellos. En ese día, Gran Bretaña —la primera en el mundo— introdujo el uso del sello en su correspondencia y puso en venta en sus oficinas de correos el one penny, negro, y el sello two pence, azul. Esta carta, franqueada con el one penny, fue expedida el mismo día, 6 de mayo, como lo atestigua el timbre que se ve a la izquierda.